EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9922

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripcion empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 27 DE NOVIEMBRE DE 1894

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

Arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legonos, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

DEBATES PARLAMENTARIOS.

Unos diez y seis años hace cuando yo entré por primera vez en la tribuna de la prensa del Congreso—y desde entonces no he dejado de frecuentarla—experimenté una emoción indescriptible... Era de noche y en verano. Y aquella discusión que oí sobre los tabacos filipinos, conmovió mi corazón no acostumbrado á espectáculo de tal naturaleza, y sorprendió mi inteligencia no formada todavía... Debo confesarlo: fue aquella quizá la única vez que tomé por lo serio el Parlamento.

Allá en Galicia, mi tierra natal, había yo oido hablar de los padres de la patria, y los comparaba, no sé con cual fundamento, con el Padre eterno, dispensador de todas las justicias, que se destaca majestuoso y soberbio—en el sentido escultórico de esta última palabra—en lo alto del famoso pórtico de la Gloria, orgullo y blason preciado de la catedral compostelana. Pero anduve á tiempo y anduve rápido. Y poco á poco fuime acostumbrando á las funciones parlamentarias, llegué á conocer—como cualquiera que á estas cosas se dedique lo conoce—el modo de pensar de los actores y tuve bastantes medios de saber cómo se maneja la tramoya en el escenario de la plaza de las Cortes. Y he aquí que me encuentro en la misma situación del personaje de cierta expopular zarzuela, por que á mí tampoco me impresiona nada terrible. .

En efecto: la mecánica parlamentaria es tan sencilla—aunque parezca complicada—que á nadie puede conmover, como no sea á los forasteros...

Decíase que iba á ser terrible, sangriento el debate sobre la crisis última, y el debate resultó algo semejante á un pouche, que todo se vuelve espuma. Presumióse después que las cuestiones de Cuba, compuesta de muchos ovillos y de no pocos cabos sueltos formaría una madeja enmarañada. Y bastó que Abarzuza pronunciase un discurso de sí, no y que no sé yo, para que el terremoto se aplacase, y la tempestad se convierta en balsa de aceite... No; no me conmueven ya los debates parlamentarios, ni conmueven á nadie que esté en el secreto. Quizá sea esto por lo que me decía anoche un capitalista de la tribuna pública:

—«Aquí no hay toros, ni toreros ¡ni vergüenza! ..»

¿Será verdad?

CALIXTO BALLESTEROS.

La rosa amarilla.

En el rudo fragor de la batalla,
y cuando los cañones,
vomitando torrentes de metralla,
logran desalojar las posiciones
en que tremola al viento la bandera
que con brio defiende el enemigo,
Juan, desde la trinchera
que le sirve de abrigo,
vé una rosa amarilla
que entre otras flores brilla
y entre todas descuella por lo hermosa
ostentando sus mágicos hechizos,
y exclama alborozado:—¡Aquella rosa
la ha de lucir mi Luisa entre sus rizos!
Y sin otro pretesto
que el gusto de dar gusto á la morena
por quien late su pecho enamorado,
abandona su puesto
á que un deber sagrado lo encadena,
corre nuestro soldado
en busca de la rosa, decidido
á dejarse matar, si alguien quisiera
disputarle el tesoro apetecido.
Nada detiene su veloz carrera,
que animado por fuerza irresistible,
corre de esa manera
que se suele correr tras lo imposible.
Y cuando ya rendido y jadeante
se halla próximo al fin de la jornada,
un casco de granada
se le lleva una pierna por delante.
Siente que se desangra por momentos;
pero ante aquel azar no se doblega,
y recobrando alientos,
arrastrándose, llega
al sitio en que orgullosa
se yergue altiva la anhelada rosa;
con salvaje alegría,
sin notar que el dolor le desvanece,
la arrebata del tallo en que se mece
y exclama entusiasmado: ¡Ya eres mía!

—

Al terminar la guerra desastrosa
tornó Juan á su tierra,
sin llevar más recuerdo de la guerra
que una pata de palo y una rosa;
y así que vió á su Luisa
que le esperaba ansiosa,
con amarga sonrisa,
y después de contarla
aquel rasgo de amor ó de imprudencia,
toma esta flor—la dijo;—por lograrla
me he jugado el honor y la existencia.
Y ella le contestó: Por una rosa
no debiste exponerte de tal modo
á sufrir una muerte desastrosa,
porque después de todo,
aquí también hay rosas, y aquí cuesta
un *perro grande* un ciento iguales que esta

MANUEL SORIANO.

TIJERETAZOS

En Barcelona ha sido detenido un individuo llamado Carne.

Es de creer que en su «decomiso» no habrá jugado ningún papel la empresa de consumos.

—

Dicen de Cádiz que por carecerse del presupuesto necesario no hará la «Nautilus» las reparaciones indispensables en el astillero Vea Murguía.

Soberbia administración.

Como no hay presupuesto para remediar un daño de media peseta se deja que crezca el daño.

Eso no será buena administración; pero administración económica tampoco lo es.

¿Qué les parece á ustedes esas cosas de nuestra tierra?

—

Los prácticos de la ría de Arosa han encontrado una botella que encerraba una cuartilla de papel con la siguiente nota escrita en inglés:

«A mi querida esposa Emma (Manuela) de su esposo Arturo, 6 octubre de 1894, arrojada en la costa de Portugal.»

Buenos datos para escribir un drama.

¡Pobres marinos!

Y pobres de los que les esperan cuando no han de llegar.

—

Aun vienen algunos periódicos hablando del tristemente célebre Santiago Salvador.

Señores: paz á los muertos.

—

En Ferrol andan revueltos los panaderos y según dice «La Monarquía» no será extraño que cualquier *día* amanezca la población sin pan.

No importa.

Como dentro de poco, y al paso que vamos, el pan será artículo de lujo, bueno es ¡ue nos vayamos acostumbrando á no comerlo.

—

Un telegrama expedido en Ujíjar, para Granada, que está á trece leguas, ha tardado treinta y dos horas en llegar á su destino.

Y es que en vez de seguir el itinerario más corto hizo un rodeo por Almería, Málaga y Madrid.

Todo por una peseta.

Escusado es decir que cuando el telegrama llegó á manos de su dueño no le sirvió de nada.

Como que hacía muchas horas que había recibido la noticia por el correo.

NOTAS

En pleno desastre. Así titulaba nuestro colega la «Revista Comercial» el primer fondo de su último número; dedicado á exponer el estado de nuestra sierra minera después de la última baja de los cambios

El título de tal artículo lo dice todo porque en pleno desastre estamos. No se puede llegar á más en sentido descendente, por que de bajar un escalón más por la escalera de la desgracia, la industria minera ya no estaría como ahora con el agua al cuello, sino que habría metido la cabeza en el agua.

Mirando la cotización de los cambios, que vuelve á subir, sentimos algo así parecido á remota esperanza; pero tan ténue, tan deleznable, tan falta de calor que en vez de engendrar en nuestro corazón la fe que salva, engendra el desaliento. También tiene esperanzas de que lo indulten el sentenciado á muerte y no pueden ser más desesperadas las horas que pasa en la capilla.

Justamente se puede decir eso de la situación de la industria plomífera: está en capilla esperando el indulto ó el aplazamiento de la sentencia. El primero puede venir por dos conceptos, bien por que los francos y las libras suban á los cielos ó por que los plomos adquieran precios más remuneradores; el segundo, el aplazamiento de la sentencia puede acordarlo el gobierno suspendiendo unos cuantos impuestos de los que más pesan sobre los plomos.

¿Vendrá el indulto? Si hemos de responder con ingenuidad, habremos de decir que no lo esperamos. En primer lugar no esperamos que los francos vuelvan á cotizarse á 22 y las libras á cerca de 31. ¿Porqué esta creencia? No tenemos base en que fundarla; pero tanto se habla por personas competentes de que los cambios pueden ir á la par, que hemos llegado á creer que si esas personas se equivocan, no se equivocan del todo.

¿Vendrá el indulto por la subida del plomo? Por ahí menos que por la otra parte. Hace mucho tiempo que estamos alimentando la engañosa esperanza de que subieran los plomos y estos suben y bajan de 10 libras á 9 y media sin rebasar esos límites. Y si las 10 libras no es precio que pueda satisfacer á nadie ¿qué hemos de decir de la actualidad que nos presenta aquel metal en baja tan baja, que parece que se vá á

Pero, como nadie había que la desmintiera, y sus ojos estaban ya enjutos, podía afirmar lo que le diera la gana.

Los cogines celestes estaban un poco manchados. Sería agua que derramó la sirviente; se dijo Laurita; y no pensó más en ello.

—Lo cierto es—se dijo á sí misma—que me he pedido contener, y que aunque nunca he tenido más ganas de llorar, nunca he triunfado mas completamente de mi inclinación.

Pero, aún cuando no había llorado, conservaba la espresión de su semblante tan triste como cuando oyó las últimas palabras de la condesa. Verdad es, que ya no tenía la cabeza escondida entre los cogines, pero la tenía inclinada sobre el pecho, y fijos los ojos en un punto, en la alfombra, sin que nadie hubiera podido adivinar, que era lo que estaba tan fijamente mirando, que tan absorta la tenía; ¿qué descubrimiento era el que había hecho en aquel ramo que tanto llamaba su atención?

Por fin, concluyó su exámen del interesante ramo; dió con el pié en el suelo, (síntoma de impaciencia) y se levantó del sofá.

—Buena tonta soy—dijo para sí.—Verdad es que no le quiero; porque con todas sus perfecciones, con todo el cariño de hermana que siento por él, es...—y Laurita, aunque no tenía de quien resguardarse

do, dejó caer al suelo el sombrero de montar, los guantes, el látigo, y dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas; pero en aquel momento, oyendo pasos en la escalera, recogió lo que había dejado caer, y se echó á correr, no parando su carrera hasta hallarse en su dormitorio.

Llegada allí, y no queriendo ser vista ni oida de nadie, cerró la puerta con llave, y enseguida se tiró sobre el sofá y ocultó el rostro entre los cogines.

Ocultó el rostro entre los cogines, pero no para llorar, no: Laura no podía sufrir el derramar lágrimas.

Las contenía, las pocas veces que durante su estancia en casa de Bonavides, estas pícaras lágrimas habían querido asomarse á sus ojos; no porque se avergonzara de llorar, sino porque amaba demasiado á Margarita, le estaba demasiado agradecida, para causarle un momento de sinsabor, y manifestarle otras señales en ningun momento de su vida, sino las de una completa felicidad.

Laurita, por consiguiente ocultó el rostro en los cogines; pero no para entregarse al llanto, como hemos dicho: sino para sofocarlo; y lo sofocó.

A lo menos, así se dijo á sí misma; y se lo creyó.

Si los cogines hubieran hablado, otro cuento hubieran referido.

cariño, y las recompensaba con el esceso de su afecto á la que tanto debía.

Margarita, tan fria, tan austera, parecía sentir por Laura algo que se aproximaba á la ternura, y Laura que veía su frialdad constante con las demás personas, apreciaba en todo su valor esta leve inclinación de ternura. Era para ella, la condesa «su todo» en el mundo, y madre la llamaba, é hija era siempre llamada por aquella, que como tal amaba. Para el conde, era también Laurita una hija querida; y si bien todas las preferencias de la joven pertenecían á su madre adoptiva, compartía entre ambos sus cuidados y atenciones.

Llamaba padre al conde, y él al verla tan linda, tan graciosa, tan buscada y lisonjeada en la sociedad, se envanecía con semejante nombre, y no le permitía jamás dirigirse á él bajo otra apelación: cosa de que jamás se ocupaba la condesa; porque en el conde iba unido su cariño á la muchacha, con el deseo de la paternidad.

Distinta en un todo la condesa de él, una vez se le oyó decir, y en acentos que jamás fueron olvidados por los que los escucharon, «que preferiría la muerte, á ser madre de un condesito de Bonavides» con lo que se espresa bastante su oposición á la maternidad.

Volvamos á ella y Laurita.